

# LA BENEMÉRITA



GENERAL EMILIO MOLA VIDAL

¡PRESENTE!





636

12 JUN 21

SEGUNDA EPOCA

AÑO I

# LA BENEMÉRITA

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN. Vea usted en el número del 1.º de mayo de 1921 el precio de suscripción. En el número del 1.º de mayo de 1921 el precio de suscripción.



GENERAL EMILIO MOLA VIDAL

¡PRESENTE!





# La Benemérita

Revista de Información profesional

Redacción y Admón.: Fernández de Isla, 11, 1.º - SANTANDER - Teléfono 22-32 - Apartado 106

SE PUBLICA QUINCENALMENTE

Precio de la suscripción TRES ptas. trimestre

Pago adelantado por Giro Postal

Gastos de Giro de cuenta del suscriptor

Año I

Segunda Epoca - 15 de Junio de 1938 - II Año Triunfal

Núm. 11

## HOY HACE UN AÑO

3 de junio de 1937

La fatal nueva la recibimos a las dos de la tarde de la radio emisora de Bilbao, por nuestro aparato de galena.

«Mola—decía con cínica delectación el bufón aquel que atendía por Moratinos—

se ha estrellado esta mañana. El avión en que volaba chocó contra unas peñas. Con él pereció también el célebre Coronel Doval».

No dimos crédito a la noticia, porque para nosotros las radios y la prensa roja carecían de él en absoluto. Tantas veces habían «eliminado» los campeones del bulo a nuestro Generalísimo y al General Queipo de Llano y a otras ilustres per-



3 de junio de 1938

sonalidades de nuestra gloriosa Cruzada, que nada tenía de extraño que los euskadianos «eliminassen» ahora al heroico General que ponía cada día en más grave aprieto. Y el detalle aquel «con él

pereció también el célebre Coronel Doval», nos hacía más increíble aún la noticia, pues sabíamos que nuestro buen amigo don Lisardo estaba destinado en Salamanca.

Aquella noche—noche triste para nosotros y para todos los que aquí padecíamos la esclavitud roja y veíamos acercarse las legiones libertadoras capitaneadas por el invicto Mola—vinieron a casa nuestros amigos.



—¿Sabes ya —nos preguntaron compungidos— la fatal noticia?

—Pero ¿es cierto?

—Desgraciadamente, sí. Desde Salamanca lo ha comunicado esta tarde Radio Nacional de España y después de dar algunos detalles del desgraciado accidente de aviación que costó la vida al General y a sus acompañantes, suspendió la emisión en señal de duelo.

Ya no cabía dudar. Esta vez el canallesco Moratinos había dicho una verdad, acaso la única que le oímos desde que comenzamos a escuchar la radio de Euzkadi, hasta el día de su precipitada huída de Bilbao.

Lloramos la terrible fatalidad y nos quedamos anonadados un buen rato. Reaccionó luego nuestro espíritu abatido y, después de orar por la gloria celestial de quien tanta había conquistado acá en la tierra, reafirmamos nuestra fe en los destinos gloriosos de la Patria y en el Caudillo que la guía y nuestra confianza inquebrantable en el triunfo de las armas de la nueva España.

Poco duradera es la alegría en la casa del malvado. La que el contubernio rojo separatista desbordó en aquella luctuosa ocasión por su prensa y por sus radios, para que actuase como sedante de su alicaída y descompuesta retaguardia, se encargó de amargársela el ilustre General Dávila, el cual, siguiendo las rutas jalonadas por el genio guerrero de Mola, acabó en poco más de ocho días con la inútil resistencia de los separatistas vascos y sus compinches marxistas, y con todos los

cinturones de hierro y defensas que aquellos mentecatos reputaban inexpugnables y de un brioso y magnífico salto bajó desde los montes de Archanda a la capital vizcaína, poniendo en la más vergonzosa de las fugas a los grandes «héroes» de la amalgama marxo-separatista y a sus «invencibles» gudaris y al jaque aquel del micrófono—el canallesco Moratinos—que durante varios días estuvo destilando su baba de reptil sobre la memoria del glorioso General Mola, que en una mañana neblinosa dió su vida por Dios y por la Patria en la montaña de Alcoceros, pueblecito de la noble Castilla.

## DATOS BIOGRAFICOS

El llorado General don Emilio Mola Vidal, era hijo del Cuerpo. Su venerable padre, el Excmo. señor General de Brigada, retirado, don Emilio Mola López, sirvió al Instituto en la Isla de Cuba, donde, el 9 de julio de 1887, nació el que cuarenta y nueve años después, en las bravas tierras navarras había de comenzar, a la vez que otros compañeros suyos en otras regiones, la santa Cruzada de la reconquista de España.

Ingresó en la Academia de Infantería en 1904 y en ella hizo su carrera con extraordinaria brillantez.

Al iniciarse la guerra de Africa, en 1909, solicitó y obtuvo pasar a prestar sus servicios al Ejército de nuestros territorios del Protectorado.

Desde la creación de las fuerzas de Regulares, Mola estuvo al servicio de estos elementos de choque,



consiguiendo en este puesto de honor y de bravura varias condecoraciones para sus hombres y para sí y todos los ascensos de su carrera por méritos indiscutibles de campaña.

Después del desastre de Annual, en 1921, Mola, al frente de los Regulares de Ceuta, se distinguió en la reconquista del territorio perdido, y en 1924, con motivo de la insurrección de las tribus del Riff, mandando a los regulares de Larache, llegó a las cumbres del heroísmo en la posición de Dar-Akoba, en la que resistió un durísimo asedio que duró varios meses, y fingiendo un telegrama de envíos de socorro, consiguió levantar el ánimo decaído de sus hombres, pues en efecto, fueron auxiliados providencialmente en forma inesperada.

Ascendido a Coronel fué destinado para el mando del regimiento de Melilla y actuó a la cabeza de la columna de su nombre, distinguiéndose notablemente hasta la sumisión de Abd-el-Krim.

General de Brigada, ocupó el mando de la Comandancia militar de Larache, en cuyo puesto trabajó con pericia y tenacidad en la organización e instrucción de las tropas con la ilusión de convertirlas en modelo de Ejército colonial.

El Gobierno del General don Dámaso Berenguer, requirió los servicios del General Mola para el cargo de Director general de Seguridad.

Su conducta en este puesto de la más alta responsabilidad y su labor contrarrevolucionaria en uno de los períodos más turbios de nuestra historia nacional, quedaron reflejados

en tres documentados libros que Mola escribió más tarde, con el título común de «Memorias de mi paso por la Dirección general de Seguridad». Los títulos de los volúmenes son: «Lo que yo supe», «Tempestad, Calma, Intriga y Crisis», «El derrumbamiento de la Monarquía».

El mejor refrendo a su obra noble y eficiente, se lo dieron los hombres de la República, persiguiéndole y encarcelándole, no obstante la absolución de los Tribunales, por el «crimen» de haber servido lealmente a la Patria. Relegado a la situación de reserva, escribió «El pasado, Azaña y el Porvenir», acusando a la faz de España la obra nefasta del «tritador» y señalando orientaciones y directrices para la reorganización de lo deshecho y para la resurrección del honor nacional.

Como consecuencia de las elecciones de 1933, fué amnistiado permaneciendo en situación de disponible hasta que siendo ministro de la Guerra el señor Gil Robles, fué nombrado el General Mola jefe superior de las fuerzas de Marruecos.

Durante su último mando en Africa, desarrolló una labor intensa y provechosa, consiguiendo concentrar en su jefatura todas las jefaturas, incluso las Jalifianas y las del Protectorado de Ifni.

Encaramado en el Poder en febrero de 1936 el funesto Frente Popular, fué destituido de su puesto y trasladado a la Comandancia militar de Pamplona. Allí el 18 de julio se puso al frente de la maravillosa explosión patriótica de Navarra.



El primer choque sangriento del movimiento salvador de España surgió en Navarra, en el cuartel de la Guardia civil de Pamplona. El jefe de aquella Comandancia, comandante José Rodríguez Medel Briones, destinado expresamente por el monstruo Azaña para el mando de la misma, en plaza de superior categoría, era hombre tan de absoluta confianza del contubernio Frente Popular, que su autoridad en la provincia estaba por encima de la del Gobernador civil. Con éste permanecía en el gobierno hasta altas horas de la noche. Su devoción al marxismo la llevaba tan allá, que la primera visita que hacía al ir a revistar los puestos de la Guardia civil, era a la Casa del Pueblo de la residencia del destacamento. Por los mangoneadores frente populistas se enteraba de la actuación de la fuerza, y para complacer a sus correligionarios, trasladaba a los comandantes de puesto e individuos de los mismos que no eran gratos a los caciques pueblerinos marxistas.

Este Rodríguez Medel intentó el día 19 de julio, cuando vió que la cosa se le ponía fea y que su misión de iniciar la revolución roja en Navarra y de contrarrestar, ipobre ilusol, en la heroica provincia la iniciación de la Santa Cruzada, de lo que debía tener noticia por el propio Gobierno de Madrid, había fracasado rotundamente, sacar fuera de Pamplona a los setenta u ochenta civiles del puesto de la capital. Llegaron con este fin a las inmediaciones del cuartel camionetas, coches y autobuses. Mandó formar la fuerza en el

portalón del cuartel y abandonó su despacho en el que quedaban un jefe y un capitán a él afectos, bajando al portalón. Dió la voz de «firmes», cuadráronse los civiles, que no estaban dispuestos a seguir al minúsculo jefecillo rojo, y éste, al que habían enterado, al parecer, de la actitud de aquellos valerosos y patriotas hijos de Ahumada, les dijo ásperamente, que las órdenes de los jefes eran indiscutibles y absolutamente acatables, sin previa interpretación y sin aclaración alguna y sin el menor titubeo; que había que ponerse incondicionalmente a disposición del Gobierno legítimo de España y salvar la República. Empinándose sobre los talones y puño en alto, gritó un viva la República al que un guardia le replicó con un sonoro ¡Viva España! que fué unánimemente contestado por los demás. Rodríguez Medel, entonces, quiso imponerse por el terror, y tirando de pistola comenzó a disparar sobre la fuerza, hiriendo de dos balazos al guardia de puertas. Instantáneamente uno de los guardias conductores que estaba en la calle frente a él, asestó con su pistola un certero tiro en el pecho al jefe agresor y éste cayó desplomado y muerto en la misma acera de la calle, no dándole tiempo a hacer más disparos.

Avisado el ilustre General Mola, presentóse rápidamente en el cuartel, donde la fuerza, al mando de un Capitán, cuyo nombre no recordamos, y que estaba perfectamente identificado con sus subordinados le recibió en correcta formación, y



con los honores debidos. ¡Viva la Guardia civil! dijo el General al acercarse a los beneméritos. ¡Viva España! ¡Viva el General Mola!, contestaron entusiasmados los guardias, y el General los revistó y les dirigió unas candentes palabras exhortándoles a luchar por la salvación de España.

Los civiles quisieron acompañar en masa a su residencia oficial al glorioso General y éste, conmovido por aquella adhesión leal, les autorizó para que lo efectuase un pequeño grupo en representación de todo el pueblo.

La actuación del General don Emilio Mola Vidal en el movimiento salvador de España, fué brillantísima. Secundó con su gran inteligencia y su proverbial valor los geniales planes del Caudillo y llevó a su Ejército a la victoria. Con sus requetés, sus falangistas y sus soldados, puso en los altos de Somosierra un dique infranqueable a las hordas marxistas que intentaban invadir la vieja Castilla, y reconquistó para España las tierras vascas fronterizas con Francia, tras las duras batallas de Irún, y luego San Sebastián, donde entró triunfalmente, recibiendo las aclamaciones emocionadas y fervorosas de los buenos españoles de la bella capital guipuzcoana y ganó para la Santa Cruzada la mayor parte del territorio vizcaíno, obligando a huir a los «gudaris» del ridículo *napoleoncho* Aguirre de las montañas en que se habían parapetado con la necia pretensión de detener a las legiones victoriosas del Caudillo.

El fatídico accidente privó al llorado General Mola de ver concluída su gloriosa gesta de la reconquista del Norte de España.

Ocurrió éste, como ya saben nuestros lectores, el día 3 de junio de 1937. Momentos después de las diez de la mañana, salió del aeródromo de Vitoria con dirección a Valladolid en un avión tripulado por el capitán señor Chamorro con el que iba como mecánico el sargento Fernández Barredo. Acompañaban al General su ayudante el teniente coronel Pérez Pozas y el comandante de Estado Mayor don Francisco Senat.

El avión tomó la dirección de Burgos, marchando sobre la línea que marca la carretera general. Pasado Briviesca, y a causa, sin duda, de la densa niebla, debió despistarse el experto aviador señor Chamorro y en vez de seguir la carretera de Burgos derivó hacia la del valle de Los Ajos, pasando sobre el pueblo de Alcoceros a poca altura y chocando contra un monte sobre el cual se estrelló, quedando verdaderamente destrozados sus ocupantes.

El cadáver del glorioso General y los de sus acompañantes, envueltos en la bandera nacional, fueron trasladados a Burgos en varias ambulancias.

Navarra guarda en el cementerio de su capital los restos benditos de su idolatrado hijo adoptivo, a cuya voz de mando se puso en pie para salvar a la Patria de las garras de la fiera bolchevique.

---



*El General Mola, tan gran pensador como guerrero, nos transmitía por las Radios de España su pensamiento y el programa nacional de la reconstrucción de la nueva España, que los esclavizados por la tiranía marxista escuchábamos con religiosa reverencia.*

*He aquí algunos párrafos de sus admirables alocuciones:*

«Yo podría aprovechar nuestras circunstancias favorables para ofrecer una transacción a los enemigos; pero no quiero. Quiero derrotarlos para imponerles mi voluntad, que es la vuestra, y para aniquilarlos. Quiero que el marxismo y la bandera roja del comunismo, queden en la historia como una pesadilla. Mas como una pesadilla lavada con sangre de patriotas, pues esta sangre gloriosa que hoy se está derramando en el frente, ha de ser la que ha de redimir al pueblo español de sus yerros y desvaríos y la que ha de conducir a las grandes empresas para la que está predestinada España.»

\*\*\*

«Se nos pregunta del otro lado que adónde vamos. Es fácil y lo hemos repetido muchas veces: a imponer el orden; a dar pan y trabajo a todos los españoles y a hacer justicia por igual... y luego, sobre las ruinas que el Frente Popular deje—sangre, fango y lágrimas—, edificar un Estado grande, fuerte, poderoso, que ha de tener por gallardo remate, allá en la altura, una Cruz de amplios brazos, señal de protección a todos; Cruz sacada de los escombros de la España que fué; pues es la Cruz símbolo de nuestra fe, lo único que ha quedado y quedará intacto en

esta vorágine de locura, vorágine que intentaba teñir para siempre las aguas de nuestros ríos, con el carmín glorioso de la valiente sangre española.»

\*\*\*

«A esta gran Cruzada nos lanzamos unos cuantos hombres de buena voluntad, alentados por el aplauso unánime de la opinión pública, que siente en sus venas latir la misma sangre que hizo gloriosos a los numantinos, a los héroes del Dos de Mayo y a las huestes de Alvarcz de Castro y Palafox. También esta guerra es una guerra contra «lo extranjero», pues ni Carlos Marx ni Lenín fueron españoles, ni fueron jamás mercancía de nuestra producción las simbólicas escuadras y compases de los venerandos hermanos del Gran Oriente.»

\*\*\*

«Crearemos un gran pueblo, no lo dudéis y lo crearemos entre todos y para todos. Y cuando pasados los años, alejada la pesadilla de la guerra, el historiador cierre el capítulo de este período sangriento y glorioso de la vida nacional, escribirá como único y expresivo comentario: «y al cesar la contienda sobre las ruinas de un pasado que fué de oprobio y de vergüenza, se edificó un Estado nuevo; y España, entonces, volvió a ser España; la España del Cid, la de los Reyes Católicos, la de los Cortés y Pizarros, la de las temidas picas y la de las letras de oro. ¡La España Inmortal!»

\*\*\*

«Alguien ha dicho que nuestro Movimiento ha sido preparado por



unos generales ambiciosos, alentados por unos partidos políticos dolidos de una derrota electoral. Esto no es cierto. Nosotros hemos ido al Movimiento seguidos ardorosamente del pueblo trabajador y honrado, para librar a nuestra Patria del caos de la anarquía, caos que desde que escaló el Poder el llamado Frente Popular, iba preparándose con todo detalle al amparo cínico y hasta con la complacencia morbosa de ciertos gobernantes. De no haber salido nosotros al paso con tiempo y en fecha oportuna, la Historia de la Humanidad hubiera conocido en pleno siglo XX la más sangrienta de las revoluciones que nos hubiera llevado forzosamente a desaparecer del mapa de Europa como nación libre y civilizada. Lo ocurrido en todos los lugares del territorio nacional en que los rojos han dominado es pequeño botón de muestra de lo que hubiera sido lo otro; lo que proyectaba para el 29 de julio, bajo los puños cerrados de las hordas marxistas y a los acordes tristes de la «Internacional.»

### HOMENAJE PÓSTUMO

Para perpetuar la memoria del General invicto, se ha dado al pueblo de Alcocero, a petición de su Ayuntamiento, y como póstumo homenaje al Excmo. señor General Mola, que fué ejemplo de actuación ciudadana y acendrado amor a la Patria, la denominación de **ALCOCERO DE MOLA**.

.....  
**Visado por la censura**

## Concesión y tramitación de indultos

*Decreto del 22 de abril de 1938,  
(B. O. número 550).*

Artículo 1.º La concesión de toda clase de indultos compete exclusivamente al Jefe del Estado español.

Art. 2.º Las peticiones que para obtener tal gracia se hagan cuando se refieran a condenas impuestas por los Tribunales ordinarios, serán tramitadas por el Ministerio de Justicia, con arreglo a las normas y procedimientos establecidos en la ley de 18 de junio de 1870, cuya vigencia se declara expresamente por el presente decreto.

En los expedientes de indulto por delitos de contrabando y defraudación, será forzoso emitir informe el Ministerio de Hacienda, conforme al artículo 124 de la ley del Ramo, texto refundido de 23 de mayo de 1924.

Art. 3.º No se precisará para la concesión de la gracia el informe del Consejo de Estado, que prevenía el artículo 28 de la mencionada ley de 18 de junio de 1870.

Art. 4.º El otorgamiento de indultos, cualquiera que sea su clase, se hará en decreto motivado, previa deliberación del Consejo de Ministros, a propuesta del de Justicia. Dichos decretos se insertarán en el «Boletín Oficial del Estado».

Art. 5.º Quedan derogadas cuantas disposiciones se opongan al presente decreto.



# DE VUELTA AL HOGAR PATERNO

(DEL BLOK DE UN MOVILIZADO)

Después del formidable empujón que nos dieron los nacionales por el sector de Reinosa y de nuestro «triumfal» repliegue estratégico desde allí a Requejada, se reorganizó de cualquier forma el batallón 109, al cual yo pertenecía, infiltrando en sus deshechas filas individuos pertenecientes al 110.

Una noche, cuando todos estábamos descansando, oímos ruido de camiones. Venían de Torrelavega y pararon frente al «Caserón» donde nos alojábamos en Requejada. Uno de nosotros se levantó y marchó a inquirir noticias cerca de los conductores de dichos vehículos. El resultado fué casi negativo respecto al sitio a que íbamos; sin embargo, nos enteramos que aquella noche partiríamos, probablemente hacia Villacarriedo. Todo eran cábalas entre los que nos conocíamos y sabíamos fijamente dónde estaba nuestro flaco. Pensábamos lo catastrófico que sería para nosotros el que, cambiando de rumbo, nos llevaran hacia Asturias; pero cerca del amanecer pudimos salir de dudas, cuando al arrancar los camiones oímos al Comandante que tomaríamos la dirección de Sarón. Después de unas cuatro horas de coche, rodeando cuanto Dios sabe, llegamos a Obregón, y mientras unos entraban a dormir en el salón de baile del pueblo, otros conseguíamos meternos en un excelente pajar donde echamos un largo sueño. Ni fuimos a

la madrugada a tomar el café (agua de color), ni a las múltiples llamadas de los oficiales respondimos ninguno, debido al profundo sueño y también a que a nadie habíamos comunicado nuestra «gran» residencia.

Hacia las diez de la mañana comenzó a oírse el runruneo de motores, y cuando todos pensaban, al verlos atravesar los montes que tenían enfrente y que se hallaban en el camino de Santander, que eran aviones rojos, una monumental descarga hizo que cambiáramos de parecer. Unos corrieron hacia la mina que estaba a escasa distancia del pueblo, y otros, como nosotros, nos quedamos agazapados, resguardando cuanto podíamos nuestra cabeza contra el sólido muro de una de sus casas. Durante todo el día se sucedieron las carreras y los sustos, y la aviación iba descargando en diferentes ocasiones su metralla en el campo de aviación de Santa María de Cayón y sobre la carretera.

Al día siguiente por la mañana, y a fuerza de mucho rogar a unas jovencitas dueñas del pajar que habitábamos, conseguimos nos dieran algo de leche. Con ésta, unas dos libras de chocolate y dos botes de condensada de nuestra «despensa», nos tomamos un desayuno que nos hizo revivir. No tocamos a mucho, porque éramos once los comensales, pero nos pareció, dada el hambre atrasada que teníamos, que nos ha-



bíamos dado un verdadero banquete. Poco después salíamos en camiones y más tarde, al llegar al cruce de Lloreda, nos bajamos, y trepando por un prado fuimos rodeando la montaña, creyendo que el «enemigo» se hallaba aún lejos de la misma, según habían dicho los «mandamás». Como siempre engañaron a todos o quizá estaban también engañados ellos por otros más altos. Acaso dijéranlo por suposición, como deducción de sus comentarios sobre la línea ocupada el día anterior por los nacionales. Lo cierto es que al dar la vuelta al monte para subirlo más cómodamente, comenzaron a estallar obuses en todo lo largo del camino. A prisa y sin preocuparse ya de la metralla y escondiéndonos cuanto podíamos, conseguimos llegar a la cumbre. Al socaire de un enorme peñasco en forma de cueva se instaló el puesto de mando, y una vez colocadas las compañías se comenzó a montar el servicio de enlace con la Brigada. Cada dos horas había que bajar a llevar el parte. Aquel día no hubo movimiento, excepto en el monte de la izquierda que, después de un ataque nacional a fondo, fué abandonado por un batallón vasco que lo guarnecía hacía varios días. La artillería ligera tiraba sin cesar y las fuerzas rojas reculaban y cuando aquélla cesaba de disparar intentaban recuperar el terreno perdido. Volvían de nuevo las granadas a destrozar el batallón y después de dos horas comenzaron a salir como hormigas de todos los sitios los soldados de Franco, que primero ocuparon una casa

que teníamos enfrente y más tarde el resto del monte. Desde nuestra posición se dispararon todos los cartuchos de fusil ametrallador que había y parte de la munición ordinaria de fusilería, y sin embargo y no sin asombro veíamos, cómo a pesar de esos disparos de la banda de acá, en la de allá, y sin preocuparse del fuego, se repartía tranquilamente el rancho a las tropas de España.

Me cupo la suerte aquel día de bajar a la Brigada el parte que daba el comandante del Batallón, en el que decía: «Las fuerzas enemigas han ocupado las alturas de nuestra izquierda. *Nuestros fusiles ametralladores han causado al enemigo bastantes pérdidas (!)*. Se nos ha acabado la munición». Aunque nunca un enlace debe leer los partes, yo me enteré del mismo, me sonreí de lo de «bastantes pérdidas» y me aprendí de memoria el contenido del papelito.

Por la tarde cuando los «faciosos», como decía nuestro analfabeto teniente de Transmisiones—para él «Trusmisiones»—, comenzaban a largar pepinazos contra nuestros flancos derecho e izquierdo, tuve que ir de nuevo por el escabroso camino a llevar otro parte; éste decía: «El enemigo continúa su presión por ambos lados de nuestras posiciones. Mande munición cuanto antes». Eché monte abajo y cuando apenas había andado cien metros, una granada explotaba sobre la gran piedra al abrigo de la cual se cobijaba el puesto de mando. Otras diez la siguieron y yo, para librarme de sus caricias, corriendo, y aga-



chándome de vez en cuando, fui a dar a la orilla del río; mas me di cuenta que para pasar a la carretera tenía que atravesarlo y no encontraba sitio vadeable. En esta indecisión me alcanzaron cerca de una compañía de vascos que bajaban de las posiciones de nuestra derecha. «¿De dónde venís?», les pregunté, y me contestaron: «De dónde quieres que vengamos; y date prisa, porque de lo contrario te harán prisionero, puesto que toda aquella gente que baja por la ladera son «facciosos». Me alegró en verdad esta gran noticia y corrí hacia el pueblo, después de atravesar el río con el agua al pecho.

Ni encontré al teniente de enlaces de la Brigada ni a nadie que me indicara dónde podría encontrarle. Después de una hora, en la que hice todo menos buscarle con interés, le tropecé cerca de Sarón y montado en su coche le entregué el partecito. Lo leyó y exclamó: «Ya no hace falta munición, porque todo se acabó en ese monte». Cuando dimos la vuelta y llegamos a Sarón, tanto habían corrido los que en la aludida montaña estaban, que la mayor parte se encontraban ya en este pueblo. Andando nosotros y los demás, utilizando el procedimiento que podían, llegamos de nuevo a Obregón, desde donde y en camionetas abiertas, volvimos por la noche a Sarón. Dimos la vuelta al pueblo y por su izquierda subimos a un monte, desde el cual la visibilidad extraordinaria de la noche nos dejaba ver el mar y los tenues destellos del faro de Cabo Mayor. Dormimos a la in-

temperie sobre la hierba, tapados de tres en tres con nuestras mantas y acurrucados para evitar el frío, aunque la noche estaba templada, y descansamos hasta las cuatro y media de la mañana. El cañoneo al pico de Solares nos despertó. Hacia las cinco y a través de los prismáticos del comandante, vimos los terribles efectos de la metralla en aquella altura. Las granadas echaban por los aires piedras, tierra, hierba; las explosiones se sucedían y después las tropas invictas de Franco coronaban la cumbre y clavaban en ella la bandera roja y gualda.

Poca tranquilidad tuvimos desde entonces. De todas partes los cañones nos enviaban mensajes de muerte y todos los calibres artilleros tomaban parte en aquel horrisono concierto. Se oía la salida de las granadas de la boca del cañón y su inmediata explosión sobre nosotros. Corrimos en busca del médico para transmitirle la orden de que situara el puesto de evacuación fuera del alcance de la metralla y, al comenzar a andar, un obús levantaba en vilo al sanitario de la primera compañía, dejándole caer luego pesadamente a tierra. Ninguna lesión externa se observaba en él y sin embargo el pobre estaba muerto.

Nos refugiamos otro enlace y yo en un pequeño subterráneo hecho por unos habitantes de la casa en que hasta entonces había estado el médico y permanecimos en la guarida hasta que, obligados por un teniente, tuvimos que salir de ella. Allí nos hubiésemos quedado a no haber sido por esta adversa circun-



tancia. Salimos del «refugio»; el cañoneo arreciaba cada vez más secundado ahora por la aviación que en repetidas pasadas descargó sobre la posición más de trescientas bombas. Yo, un poco aturdido por las explosiones, debía de decir en voz alta algo que luego me enteré eran oraciones y súplicas al Cielo recomendadas por mi madre para caso de peligro inminente. Gracias a que no había cerca energúmenos y que quien me oyó era tan católico como yo. Ayudado por éste y otro que él llamó, me sacaron a viva fuerza de aquel infierno de metralla que por todas partes explotaba y todo lo destruía. Detrás de la casa en que el médico se alojaba estaba el puesto de abastecimiento de munición y cuando llegamos al mismo, el doctor con todos sus asistentes había comenzado ya la retirada. A voces, según me contaron después, lograron detenerle y cuando me presenté a él emitió el diagnóstico y dijo a los que agarrado del brazo me conducían: «Llevarlo al hospital más próximo y tener cuidado, pues está algo trastornado». En verdad que mi atolondramiento era bastante fuerte, pero también me lo hacían exagerar un poco el deseo de volver a mi hogar y el ansia de saber la suerte corrida por mis queridos padres en aquellas últimas horas de verdadero peligro para la gente de derechas. El médico, hoy soldado de Sanidad de la verdadera España, me dijo casi al oído: «Si puedes, vete a tu casa y espera allí los acontecimientos». No hubiese hecho falta tanto sigilo para decírmelo, porque

todos los que allí estábamos éramos de la misma cuerda.

Descendí del monte, más que corriendo, volando, y una vez alejado del peligro caminé con mis compañeros, hoy camaradas de la Falange y uno de ellos creo que Camisa Vieja, atravesando regatos y pueblos hasta llegar a la carretera de Santander. Por la vía, para evitar encontrarnos con los de Asalto, situados en las afueras de la capital para hacer volver al frente a los que de él huíamos, fuimos hasta las inmediaciones de las líneas férreas de Ontaneda y Santander. Una interminable reata de milicianos volvían a sus hogares pueblerinos y otros a refugiarse en la capital. Aquello había acabado ya en la Montaña. Fusiles, mochilas, cascos guerreros, hasta botas, se veían abandonados en las cunetas de la vía y carretera y por allí iban quedando divisas y gorras de jefes, oficiales y comisarios políticos.

Para Astillero marchó uno de los que me acompañaban; el otro nos había dejado, encondiéndose en un pajar, para luego, de noche, trasladarse a su pueblo ya ocupado por el Ejército de España. En la carretera de Bilbao a Santander me tropecé con un amigo y con otro médico conocido del que me aconsejó me retirase a casa. Cuando llegábamos a la altura de Nueva Montaña sonó la sirena y nos refugiamos en el garage de un chalet. Sus habitantes ansiaban la liberación hasta tal punto (era ya el día 24), que allí se extendió el brazo en cuanto se supo quiénes éramos. Uno de los del



chalet dijo resueltamente: «En cuanto entren le voy a hacer tragar el carnet de la U. G. T. al cochino ese que me hizo afiliarse a viva fuerza». Nos preguntaban con insistencia si las fuerzas tardarían y nosotros, que ya sabíamos el paso a que andaban, les consolamos diciéndoles que en menos de veinticuatro horas estarían allí. Y así fué. A la mañana siguiente acampaban en todos aquellos parajes dispuestos a entrar en la capital por las buenas o por las malas.

Cuando se hizo de noche abandonamos el chalet y marchamos hacia Santander por la vía de Bilbao para evitar, como antes dije, el encuentro con los guardias de Asalto rojos. Al llegar a las puertas de la ciudad nos dimos cuenta del desbarajuste que en ella existía. Veíanse gentes con carros, colchones, maletas y chiquillos dirigirse hacia las afueras, con la pretensión de escapar hacia Asturias. ¡Incautos! Todo era suciedad y bullicio en las calles y de vez en cuando sonaba algún tiro. Yo iba desarmado—mi única arma había sido siempre el banderín de señales—y rogué al médico, que aún conservaba su pistola, que me acompañase, y puesto que era de Madrid y no tenía domicilio en Santander, que se alojase en el de mis padres. Daban las diez de la noche cuando entrábamos en casa. Llamé a la puerta, salió mi madre y preguntó asustada: «¿Qué desean ustedes?»

Mis barbas crecidas, mis pantalones destrozados, sin gorro, sin vendas en los tobillos, descalzo, demacrado, famélico y con un verda-

dero andrajo por guerrera, debían de darme un aspecto parecido al del hijo pródigo.

Con inmensa alegría y al mismo tiempo con sorpresa al no ser reconocido, exclamé: «Pero no me conoces, vieja?» Loca de alegría, mientras me oprimía entre sus brazos, gritó y lloró desahogando así su agobiado corazón de la intranquilidad de no saber mi suerte. Mi padre, más sereno, me abrazó fuertemente y besó repetidas veces mi frente. Poco después dábamos gracias al Señor por mi salvación.

Intenté dormir a pierna suelta, pero la intranquilidad, las penalidades y la zozobra de las anhelantes últimas horas no me lo permitieron en la medida que yo deseaba. El día 25 lo pasamos metidos en una habitación interior.

Al siguiente día, ¡VEINTISEIS DE AGOSTO!, volvió a reír la primavera en la capital de la Montaña. Volvió a sus hijos buenos, esclavos y víctimas de la tiranía roja, la tranquilidad y el sosiego de otros tiempos, y las banderas victoriosas de la Patria pasearon triunfales sus calles. Enronquecimos de gritar ¡Viva España! ¡Arriba España! y de vitorear al Generalísimo con todas las fuerzas de nuestros pulmones. Nos echamos a la calle a besar la gloriosa enseña de la Patria y se inundaron de lágrimas nuestras mejillas. Recordaba en aquel momento aquellas frases de «La Canción del Soldado»:

«Y gritando viva España,  
se me ensancha el corazón».

G. (HIJO)



## Premio al heroísmo

**La Cruz laureada de San Fernando al puesto de Tocina (Sevilla)**

Transcribimos del *Boletín Oficial del Estado* número 591, correspondiente al día 5 de los corrientes:

Con fecha 11 de mayo último, S. E. el Generalísimo de los Ejércitos Nacionales, como resultado del expediente de juicio contradictorio instruido al efecto, y de acuerdo con lo informado por la Junta Superior del Ejército, se ha dignado conceder la Cruz laureada de San Fernando, colectiva, a las fuerzas que componían el puesto de la Guardia civil de Tocina (Sevilla), por los hechos realizados desde el 18 al 30 de julio de 1936.

*Sucinta relación de los méritos contraídos por las fuerzas que componían el puesto de la Guardia civil de Tocina (Sevilla).*

Con motivo del Glorioso Movimiento Nacional iniciado el día 18 de julio de 1936, los componentes del puesto de la Guardia civil de Tocina (Sevilla), estuvieron sitiados desde el 18 al 30 del citado mes por las hordas marxistas y llevaron a efecto, con su abnegado heroísmo, la defensa del puesto, no haciendo caso de las intimaciones de rendición que los rojos les hacían, a pesar de las amenazas de que destruirían la Casa-cuartel, lo que llevaron a efecto con bombas de mano, dinamita y líquidos inflamables, manteniéndose aún en ella sus defensores, hasta que derribada su techumbre por el

incendio, tuvieron que recluirse en la inmediata, a la que pasaron por el pozo medianero, donde continuaron resistiendo los persistentes ataques y nutridos tiroteos de los rojos, no obstante tener dos guardias muertos y el sargento dos veces herido, falleciendo éste a consecuencia de tercera herida el día 26 del citado mes, rechazando al enemigo en todos sus ataques, produciéndole dos muertos y varios heridos vistos y sin que en ningún momento decayera el ánimo de estos esforzados defensores, no obstante el angustioso cuadro de sus familiares, sin tener que comer y con el agua del pozo envenenada.

En esta situación desesperada, extenuados y sin fuerzas ya para resistir, debido a once días de cruenta lucha, fueron hallados el día 30 por la columna de fuerzas nacionales que los libertó.

**Traslados de reclusos**

*Orden circular del Ministerio de Justicia de 30 de abril de 1938, (B. O. núm. 563).*

Excmo. Sr.: Sucesivas disposiciones de este Departamento, recogidas en la Real orden de 16 de febrero de 1924 y en el artículo 13 del Reglamento de Prisiones vigente, establecieron que el traslado de reclusos para asistir a diligencias judiciales, se interesará por las Audiencias y Juzgados de Instrucción del Centro directivo de Prisiones, al que está atribuida la facultad de ordenar las conducciones de presos y penados y que se limitase la comparecencia de



éstos a los casos de real y evidente necesidad que la requieran, evacuando por medio de exhortos, en cuanto sea posible, el testimonio de los reclusos que hayan de declarar como testigos.

Este Ministerio considera preciso recordar dichas prescripciones, para evitar dilación en el servicio, gastos y movimiento de fuerzas en las presentes circunstancias, y, a tal fin, he acordado se prevenga a las Audiencias provinciales y Juzgados de Instrucción de ese territorio, que cumplan en todo momento los preceptos de la citada Real orden en vigencia, dirigiéndose siempre en la petición de esa clase de traslados a la jefatura del Servicio Nacional de Prisiones y expresando el motivo que justifique cada una de las que formulen.

#### GIROS POSTALES

### Aviso a los suscriptores

*Para el servicio de Giro Postal ha sido adoptado por el Estado un nuevo modelo de impreso.*

*Para nosotros sería muy conveniente, y más económico para los señores suscriptores, que hiciesen el giro todos reunidos en vez de efectuarlo separada o individualmente, como ahora están llevando a cabo muchos puestos. A este fin vamos a mandar, como antiguamente lo hacíamos, a uno de los suscriptores de cada destacamento los recibos de los demás a fin de que puedan efectuar el giro todos juntos.*

*En la cartulina talón de la derecha del impreso y en la parte de ella que dice TEXTO, pueden consignar los nombres de los que hacen el abono de la suscrip-*

*ción. Esta cartulina, después de consignar el pago en la tarjeta de cada suscriptor, la devolveremos al remitente con el recibo. En dicho talón hay que poner un sello de diez céntimos, como en el mismo se indica.*

*Efectuándolo así es innecesario remitirnos el «Aviso de Giro» como ahora venía efectuándose.*

### Cruz Laureada de San Fernando y Medalla Militar

#### ANTIGÜEDAD

*Decreto de 26 de mayo de 1938 (B. O. número 584).*

Establecido por Mi Decreto número 192 que tendrán la consideración de más antiguo quienes se encuentren condecorados con la Cruz Laureada de San Fernando o la Medalla Militar, se hace indispensable determinar el alcance de tal locución, que en modo alguno puede suponer el ejercicio de Mandos en empleos superiores, no sólo porque ello equivaldría a desnaturalizar aquel precepto con la permanente proposición de compañeros a quienes asiste una larga experiencia, sino también porque los méritos y circunstancias que se avaloran con la concesión de tales recompensas, no garantizan de ordinario y en el futuro el grado de facultades necesarias para tal cometido.

En tal consecuencia

#### DISPONGO:

Artículo 1.º La preferencia de mayor antigüedad, en concurrencia de Mandos otorgadas a quienes posean las recompensas que se enumeran en el artículo 6.º de Mi Decreto de 26 de enero de 1937, sólo subsistirá mientras se permanezca en el empleo en que se haya obtenido cualquiera de ellas.

Art. 2.º Los Jefes y Oficiales Habilitados para el desempeño de un empleo superior, no podrán invocar en éste su condición de recompensados a los efec-



del artículo 6.º del Decreto número 192.

Art. 3.º.—Los beneficios para la provisión de destinos de antigüedad y uso de tratamientos, quedan subsistentes en la misma forma que se establecieron en la disposición que se invoca.

NOTA.—El artículo 6.º del Decreto número 192, dice así:

Art. 6.º La Cruz Laureada de San Fernando y la Medalla Militar, llevan aparejada, por este orden, la consideración de más antiguo en los casos de concurrencia entre el personal de un mismo empleo, así como para la obtención de destinos de antigüedad. Los poseedores de una u otra recompensa, tendrán el tratamiento superior al que por su categoría les corresponda.

## Movimiento de personal

**Ascensos.**—A Alférez el Brigada, don Enrique Bravo Benítez.

A Sargento, los cabos don Santiago Cuenca García, don Juan López Raposo, y don Eduardo Otero Guerra.

**Destinos.**—A las inmediatas órdenes de S. E. el Inspector General del Instituto, el Excmo. Sr. General de Brigada, don Agustín Piñol Riera.

## MUTILADO PERMANENTE

Orden de 29 de mayo de 1938 (B. O. núm. 536) concediendo ingreso en el Benemérito Cuerpo de Mutilados de la Guerra, como «Mutilado Permanente» a un soldado.

A propuesta del Excmo. Sr. General Jefe de la Dirección de Mutilados de la Guerra, y como resultado del expediente por el que se declara «Mutilado permanente», por estar comprendido en el Art. 3.º, letra B y Art. 5.º del Reglamento del Benemérito Cuerpo de Mutilados de la Guerra de 5 de abril de 1938 (B. O. núm. 540), se concede ingreso en

el citado Cuerpo con el título de «Caballero Mutilado de Guerra por la Patria», al soldado del Regimiento de Infantería Argel núm. 27, don Emilio Constanzo Maya, con el sueldo de 202,20 pesetas mensuales, los quinquenios correspondientes a su categoría, el derecho a un subsidio de cincuenta céntimos por cada hijo legítimo menor de edad que tuviera a su cargo, así como a solicitar, si le fuere necesario, el auxilio prevenido en el artículo 18 del Reglamento citado y el disfrute de los demás derechos y beneficios que le concede el Reglamento mencionado y disposiciones complementarias.

NOTA.—Reproducimos esta disposición como uno de los primeros casos que hemos visto de aplicación del Reglamento a «Mutilados permanentes» y como antecedente en la aplicación de otros similares.

## Medalla de Sufrimientos por la Patria

Por las disposiciones que se citan, se concede esta condecoración con las pensiones que se expresan, al personal del Cuerpo que se relaciona a continuación.  
*Ordenes de 16 de mayo de 1938 (B. O. número 574).*

Brigada de la Comandancia de Oviedo, don Jesús Moreno Yzco, herido dos veces siendo sargento, una pensión de 17,50 mensuales por cinco años y otra vitalicia de igual cuantía.

Guardias don Francisco Salgado Sánchez, don Mariano García de la Torre y don Juan Criado Martín, los tres de la Comandancia de Oviedo y don Juan Salvador Cherta, de la de Teruel, con pensión mensual vitalicia de 12,50 pesetas.

Imprenta de la Librería Moderna.—Santander



**Para cambios de residencia y reclamaciones de números  
haga uso de estos Boletines**

**Cambio de residencia**

Cuando algún señor suscriptor cambie de destino, es conveniente nos lo avise por el siguiente boletín:

D. ....  
que prestaba sus servicios en el puesto de .....  
de la Comandancia de .....  
ha sido trasladado al de .....  
de la Comandancia de ..... donde  
desea seguir recibiendo LA BENEMÉRITA.

**Reclamación de números**

El suscriptor que deje de recibir algún número, puede solicitar otro llenando el siguiente boletín que, como el anterior, puede remitirnos bajo *sobre abierto* franqueado con solo 2 céntimos.

D. ....  
perteneciente al puesto de ..... de la Comandan-  
cia de ..... reclama el número .....  
de LA BENEMÉRITA, correspondiente al .....  
del mes ..... que no ha recibido.



# A los señores suscriptores de LA BENEMERITA

## Normas para el pago de la suscripción

Para la buena marcha y puntual salida de nuestra revista, precisamos que nuestros compañeros nos hagan el para nosotros señaladísimo favor de efectuar sus giros con la mayor puntualidad.

Nuestra situación económica después del insaciable expolio rojo, es verdaderamente precaria.

Nuestros suscriptores pueden hacer los giros por los meses que deseen, siendo conveniente que la cantidad mínima que se gire sea de tres pesetas. Todos los giros de un mismo puesto pueden hacerse en una misma libranza, para evitar mayores gastos.

Para la mayor claridad y exactitud en la anotación y abono de giros es *imprescindible* que se nos remita el adjunto boletín de **aviso de giro** que puede sernos enviado en sobre abierto, franqueado con **dos céntimos** a la siguiente dirección:

Impresos

**Sr. Director de LA BENEMÉRITA**

Apartado de Correos número 106

SANTANDER

**Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.**

El giro debe hacerse a nombre de **Jenaro G. Geijo**, apartado 106.—**Santander.** *En el boletín de aviso de giro no deben escribirse otros datos que los indispensables para llenarlo.*

---

### BOLETÍN DE AVISO DE GIRO

El suscriptor de LA BENEMÉRITA, D.....

....., perteneciente a la Comandancia de..... y con destino actualmente en el puesto de..... provincia de..... gira con esta fecha a don Jenaro G. Geijo, giro postal núm. .... ptas. .... para el pago de la suscripción de los meses..... de..... de 1938.

NOTA.—De este giro se enviará recibo al interesado directamente.



MUY INTERESANTE

Suscríbase a **La Benemérita** :- Haga propaganda de **La Benemérita**

**La Benemérita** fué, y seguirá siéndolo, una revista profesional y técnica.

**La Benemérita** reproducirá en sus páginas las disposiciones oficiales de la gloriosa Nueva España que afecten al Instituto y las que se refieran a los servicios encomendados al mismo.

**La Benemérita** publica dos números mensuales y un interesantísimo folleto legislativo o de formularios y casos prácticos.

**¡Beneméritos** honrad y dad vida próspera con el pequeño sacrificio de una peseta mensual a vuestra antigua revista.

**PRECIO DE SUSCRIPCIÓN:** Una peseta al mes, que el interesado abonará directamente por giro postal al efectuar la suscripción. Los gastos de giro son de cuenta del suscriptor.

**TIEMPO MÍNIMO DE SUSCRIPCIÓN:** Tres meses. Pago adelantado.

## Boletín de suscripción

Comandancia de ..... Puesto de .....

Relación del personal del mismo que desea suscribirse a LA BENEMÉRITA

de ..... de 1938

Remítase este boletín, en carta cerrada franqueada con treinta céntimos o en sobre abierto franqueado con dos, en este caso sin firmarlo, a la siguiente dirección:

Sr. Director de LA BENEMÉRITA.— Apartado de Correos, núm. 106.— SANTANDER